

ESTUDIOS

ELOGIO A RAFAEL MARÍA BARALT (*)

Guillermo Morón

No están intonsos en sus estantes de la biblioteca los libros del gran escritor ni alguno de los muchos que múltiples seguidores suyos, admiradores de su lección ejemplar, eruditos de las variadas vertientes de su caudaloso río y también frondosos remajes de los árboles crecidos a sus orillas, han publicado, bien para enaltecer su nombre y su obra, ora para enfrentar sus opiniones, ora para criticar posiciones y aseveraciones suyas. Muy por el contrario, desde tempranas horas, desde los albores de mi ya lejana adolescencia -pues mantengo en pie de guerra mis pasiones y preferencias de empedernido lector- los libros del Maestro de las Letras fueron violados si la edición del caso era cerrada en sus pliegos, manoseados cuando no era menester el uso de los abrecartas, unos ligeros de madera vieja, otros pulidos en su acero, y leídos despaciosamente. Porque la Maestra de escuela en la paterna casa, las maestras y maestros en la Escuela Federal Graduada Egidio Montesinos, los bachilleres profesores del Colegio Federal llamado La Esperanza por su fundador Ramón Pompilio Oropeza, recitaban de memoria – para mi regocijo – versos sonoros que el poeta escribiera en loor de sus dos patrias, una sola en la lengua y su cultura, o para cantar desde el hondón de su alma a cuanta milagrosa belleza tropezaran sus ojos, su sensibilidad, sus alegrías o sus tristezas.

Y andando el camino que la vida, la existencia irremediable de la cruzada de senderos que es el vivir, excelentes profesores de literatura y de historia, ya en el famoso y antiguo Colegio Nacional convertido en Liceo de proceros nombre, Lisandro Alvarado, el peregrino de las voces de aruacas y caribes que quedaban colgantes en las aldeas, caseríos y pueblos, cazador no furtivo también de las palabras que el pueblo redimía para entender y hacerse entender, excelentes profesores digo, indicaban la tarea para la próxima clase, un capítulo entero de la historia, y usted apuntaba el dedo sin severidad de Don Carlos

(*) Este discurso fue pronunciado en el Paraninfo de las Academias con motivo del Sesquicentenario de la incorporación de Rafael María Baralt como Miembro de Número de la Real Academia Española.

Felice Cardot ya en el Centro y en el Quinto Año de Bachillerato, investigue lea y escriba una semblanza corta porque todo exceso es un desperdicio.

Así, pues, de lejos le viene al galgo el ser rabilargo.

Ahora bien, como lo saben y mucho los académicos –y académicas como pretende cierta necedad constitucional– de las tres doctas Corporaciones sustentadoras del homenaje que aquí se rinde justísimamente, Don Rafael María Baralt no fue longevo, se abrevió su vida que hizo fuerte, altiva, generosa, extraordinaria en las fatigas del trabajo, un trabajo que rindió abundante fruto, asombroso si pretende medirse por el tamaño en varas o por numeroso en almudes.

Dije Don Rafael María Baralt y dije bien, sin pizca de picardía. Porque el Don lo heredó de su padre y de su abuelo y de todos los varones de su estirpe, sin que ello medre, el Don, su linaje popular, pues para el pueblo fue a las batallas de la guerra y a las más arduas y brillantes batallas de la paz. Es verdad que a la orilla del tiempo de su nacimiento, el siglo XVIII a sus espaldas, el Don estaba ocupado por la tradición, Don Simón de Bolívar El Viejo, don Perico de los Palotes en las casas solariegas aquí en Caracas y allá en Maracaibo y en toda parte y lugar de las ciudades que en el siglo XVI dieron forma a esta Venezuela que no se rinde cuando la tempestad arrecia. Muchas tempestades azotaron la vigorosa vida de Don Rafael María.

El Don no se lo ganó el humanista que alumbró esta Sala, de jugosa tradición, en las Gracias al Sacar, una gracia que sólo en la segunda mitad del siglo XVIII se otorgaba a la clase de los pardos, bien estudiada esa historia social por Don Santos Rodulfo Cortés, quien la tuvo de suyo mucho antes de ocupar su Sillón en la Historia, la Academia, imagínense Ustedes, Sus Señorías como aún se acostumbra llamar en Congresos, Cortes y Academias de nuestras España y otros muchos países civilizados del mundo, de José Gil Fortoul, de Caracciolo Parra León, de Cristóbal L. Mendoza, y de los otros cuya presencia es permanente y no se opaca con un pasajero chubasco ni con un deslave de la naturaleza humana. Los pardos formaban la prole, el pueblo cuya vida histórica no tiene solución de continuidad. Don fue, ya en la República de campesinos, ya en la República de ciudadanos, todo aquel que tuviera y tenga el don de la hombría de bien. Don Serapio el conuquero, Don Virgilio el boticario, Don Francisco el jamuguero, Don Rafael el cartero, Don Ezequiel el pulpero, Don Morón mi papá. Porque ya Don es el pueblo que sustenta en la universidad, en las academias, en las librerías, en las escuelas, en los liceos, en las avenidas y calles, en los parques y en los bronces, y algún día en las casas comunes y corrientes, el Don de Don Rafael María Baralt.

Es continua, no esporádica, la iluminación que los investigadores derraman sobre la singular historia de la ciudad de Maracaibo, cuya presencia desde sus abinicios es consustancial con la vida del pueblo venezolano.

El historiador José del Rey Fajardo, quien llegó a buen tiempo con sus libros y no con otras cargas en sus costales eruditos en la cultura jesuítica a la Academia Nacional de la Historia, publicó este año cargado de tormentas y de esperanzas un libro singular en el cual afianzó la aseveración. *Virtud y letras en el Maracaibo hispánico* se intitula ese excelente paseo por la presencia de los educadores jesuitas en la ciudad, fundada en el ámbito de la Provincia de Venezuela en el siglo primero de nuestra lengua, la que cuida con esmero la Academia más antigua de esta Casa para corresponder con aquella que a su tiempo acogió a un hijo de su casco histórico, como suele denominarse ahora el espacio, cuando aun permanece formado por las pocas calles de nombres y casas viejas en cada una de las ciudades de la patria antigua.

El historiador Iván Darío Parra Fuenmayor, zuliano de San Rafael de El Moján, como quien dice hijo de la tierra sin vuelta de hoja, reedita desde el 2001 su *Historia de la Ingeniería en el Zulia*, para demostrar cómo sus coterráneos aguzaron su inteligencia en el estudio de las matemáticas, así como se habían enfrentado desde siempre en la Filosofía, en las Humanidades si es que puede deshojarse la primera del árbol de la ciencia primigenia, en las Letras y en todas las disciplinas de la cultura. El acucioso investigador aliana con pormenor la sólida formación matemática del ilustre personaje a cuya noble sombra se reúne esta asamblea académica para rendirle el homenaje que ha merecido, merece y merecerá como lo que es, grande entre los grandes de las Letras en lengua castellana, reunión de ingenieros de la universidad que modela con su nombre la tarea diaria de educar al pueblo, de letrados y filólogos de la Academia Venezolana de la Lengua, de historiadores de dentro y fuera de esa institución que resucita de entre los muertos y de hombres y mujeres zulianos unos, todos venezolanos y distinguidos amigos de las dos patrias de Rafael María Baralt.

Queda mencionada, ut supra, la patria que, ya alejado por los apremios y las otras querencias, siempre punzará la memoria y el amor del hijo, un hijo que no pierde la consistente remembranza, una patria cercana, la ciudad, el paisaje, el lago, el barrio, los amigos y la entrañable familia. Pero la ciudad es sólo la cuna, mas amplio es el patio venezolano, la patria espaciosa a la cual el hombre de las muchas grandezas dedicará servicios imborrables. Venezuela es el acicate que lo lleva a mantener encendida la vela del cariño, la nostalgia y el quehacer.

Pero la patria no es una geografía encerrada en las fronteras que un determinado estado de derecho establece en código escrito. El hijo sabe de

dónde es su madre, el hijo conoce el nombre de la dulce tierra en la cual, para protegerle de la intemperie que se desata en Caracas el 19 de abril del mismo año de su nacimiento, pasó su infancia. Allá, en La Española que luego a luego de los cambios históricos, de las variaciones que los días y las noches del tiempo marcan y remarcan, termina por llamarse, independiente, República de Santo Domingo. Por esa soleada playa del Mar Caribe comenzó España su tarea: la primera estancia, el punto de partida para la inmensa hazaña de descubrir, de destruir imperios y someter pueblos enteros y de construir un Imperio propio para la insospechada historia; la primera ciudad, la primera Provincia que la Tercera Partida obliga a someter a su Ley imperecedera, “Raigada Virtud es la Justicia” y ¡ay de quien la tuerza!, ojo implacable a quien pretenda confundirla, a la justicia, con la tiranía, porque Dios da al Pueblo la Soberanía y el Pueblo se la presta, no se la vende ni se la regala al Magistrado, quien autorizó al Almirante para esclavizar a mis vasallos, tronó en su trono ganado la Reina de Castilla, y el Gobernador de la nueva tierra bajó obediente la cabeza perturbada por tanto esplendor nuevo y aquel poderoso poder que le prestaron sólo para llevar a cabo su tarea. En la natal tierra de Doña Ana Francisca Pérez, legítima esposa de Don Miguel Antonio Baralt -quedan nombrados la madre y el padre del ilustre maracucho-, también se fundó la primera universidad, aunque lo pretenda y discuta Lima andando el tiempo; el Estudio General que en la Partida correspondiente quedó definido para toda la Historia de la educación, el ayuntamiento de maestros y alumnos para aprender los saberes. Y si alguien aprendió adecuadamente los saberes de su siglo fue precisamente ese caballero que la ilustrada fama ha convertido en héroe de la inteligencia, en Mio Cid de la cultura, en mito de las Letras.

Que un grande hombre, que aquel para cuyo nombre, montado en el bronce imperecedero de sus obras, se convierte en héroe y sobre ese héroe se taja la tela de fuerte seda de una mitología, es, no sólo inevitable, sino ejemplar para los suyos y para los otros. Así, pues, en las Letras de la Lengua castellana también está nuestro Campeador Don Rafael María Baralt.

En Santo Domingo, en Maracaibo, en Bogotá y en Caracas estudia lo que estuvo a la mano, Letras, Filosofía, Matemáticas. El estudiante es, según todas las abundantes noticias de bolígrafos, estudiosos y eruditos baraltianos, periodista en primer lugar. El periodismo fue durante todo el siglo XIX y un buen trozo del XX, la escuela y el taller de los escritores: los intelectuales que llenan de vida la primera década de la República fundada por Paéz en 1830, viva todavía con muchas imperfecciones sin haber cumplido doscientos años, son periodistas, son, algunos de ellos, nuestros clásicos. Se me sale de la memoria Fermín Toro porque fue el primero en coger, en comentar, la *Historia* de nuestro autor. Y seguirá Baralt periodista cuando quede atrapado, pero no enjaulado, en la España de sus grandes días, la España difícil, enmarañada política

y socialmente, aquella que Carlos IV y Fernando VII hundieron en el marasmo deshuesado por Don Miguel de Unamuno.

¿Que Baralt se marcha de Venezuela porque a los nuevos gobernantes y mandamases de la era paecista no les gustó lo que dejó de escribir y lo que escribiera? ¿Que el humanista se quedó en España porque encontró amante en la Sevilla de antiguos encantamientos? Los numerosos baraltianos tejen explicaciones, promueven trozos de su correspondencia, analizan poemas, buscan los explícitos y también los soterrados sentimientos de aquel que vive sin sosiego su cada día y su cada noche. Tengo para mí que Don Rafael María sintió en España, sobre todo en Madrid donde se echa a vivir intensamente, la patria, el suelo propicio para llevar a realidad lo que anhelaba: allí dio su pelea política por los principios que sustenta, la libertad y la justicia; allí puede desplegar su filosofía, religioso de acuerdo con su bautismo en la Iglesia de sus padres y de toda su genealogía en la cual trepan los buscadores de raíces, pero no católico reaccionario ni inquisidor. Moderado y liberal puede ser una buena señal si la palabra se queda en su tiempo y no se la traslada a la tibieza del siglo XX en el cual todavía nuestras repúblicas, alguna de ellas con intento de ser bozaleada a los días intemperantes de federales y centralistas.

Permítanme regresar al estudiante en Bogotá, no para rasguñar los datos sobre si se graduó o no, cuántos días paseó por Santa Fe y atendió maestros, que ya se han ocupado de eso con sabia mano Don Agustín Millares Carlos y Don Pedro Grases, sino para fijar mi atención y la de ustedes, en la briosa semblanza que trazó un compañero suyo, Don Juan Francisco Ortiz, quien se sentaba con Baralt en la misma aula donde enseñaba Don Juan Fernández de Sotomayor, sacerdote, los principios de la Religión Católica. El bolígrafo moderno, Millares Carlos, aclara con palabras del *Resumen* baraltiano, que esa cátedra fue creada por Bolívar para borrar la de Legislación. Horas del ocaso. Tampoco quiero, porque es harina de otro costal, repetir la silueta del joven estudiante poco aplicado, desgarrado en el vestir y el vivir, sino al grano de maíz vivo que describen estas palabras: “Hablaban francés con alguna soltura, y me obligaba a patullarlo con él”. Estaba encantado con la *Ilíada* de Homero, que leía constantemente. “El francés fue en el siglo de Baralt el idioma de la cultura como lo fuera el latín en los siglos medievales, como lo fuera el griego aún bajo las armas y armaduras de los centuriones romanos, ya se sabe, no puede el Imperio permitir que exista allí mismo, en el patio trasero como quien dice, esa insolente Cartago, *delenda est Cartago* repite el orador venga o no a cuento el asunto de su discurso, porque de lo contrario no llegará el poder hasta las Galias y menos a Britania y menos aún allá, donde el Danubio anuncia el final de su corriente, Rumania que viene de Roma. El francés habla con soltura el enviado a París en la comisión que Codazzi preside y luego padece. Por que domina la lengua que enseñan en públicas y privadas escuelas no sólo en las ciudades capitales de las antiguas

provincias y de los nuevos estados, sino en las ciudades que forman el alma venezolana, La Grita, Trujillo, Carora, la Victoria, Calabozo, y porque lee a los grandes escritores franceses, con alguno de los cuales enfrenta su dialéctica, al escribir su *Diccionario de Galismos*.

Leyó nuestro maestro del idioma la *Iliada*, mas aún, más aún, “Estaba encantado” con el poema, el gran Cantar de Gesta de la Antigüedad Clásica, nuestra antigüedad. El griego es el gran abuelo de la lengua de Baralt: leía y releía, “leía constantemente” la *Iliada* de Homero. Ya quisiera yo tener la sabiduría literaria de mis nobles amigos de la Academia de la Lengua, el dominio del griego siquiera para “patullarlo”, como dice el caballero Ortiz con un galicismo bogotano tal vez, patullar “Pisar con fuerza y desatentadamente”, mascullar decíamos en los patios del Instituto Pedagógico hace una tiempada. Pues me parece que si un José Manuel Briceño Guerrero, o cualquiera de los que ilustran los sillones de la Academia le pusiera el oído a la prosa del primer libro, la *Historia*, o al ritmo de las *Odas*, podría escuchar el eco:

Homero: Canta, diosa, la cólera de Aquiles Pelida,
que a los hombres de Acaya causó
innumerables desgracias
y dio al Hades las Almas de muchos
intrépidos héroes...

Baralt: En la mejor y más grande parte
de la tierra unida y continuada
que se llama impropriamente todavía
Nuevo Mundo...

Homero: Al mostrarse en el día la Aurora
de dedos de rosa,
se reunió todo el pueblo rodeando la
pira de Héctor.

Baralt: Tierra del sol amada,
donde, inundando de su luz fecunda,
en hora malhadada,
y con la faz airada,
me vio el lago nacer que te circunda!

Tal vez aciertan los eruditos baraltianos -no los repetidores cuya tarea es lisonjera porque mantiene encendida la lámpara del respaldo y la admiración debidas- cuando repasan cuidadosamente la estrecha relación que existe entre la azarosa vida y la infatigable escritura del historiador, poeta, filólogo, político, crítico, esto es, sabio polígrafo y dejan al descubierto heridas, quebrantos,

dudas, pobreza y dolores, todo producido por las miserias humanas que no se ocultan fácilmente ni con los triunfos en las guerras ni con aquí estoy yo que tengo la historia agarrada por el cuello y la soberanía que me da el pueblo.

Pero a mí me parece, lector sin la maravillosa inteligencia y la asombrosa memoria del primer gran prosista de Venezuela, de Santo Domingo y de España -compañero de los clásicos que se aprendía de memoria- que Rafael María Baralt se quedó en España por dos razones principales: sea la primera porque en Madrid estaban los libros de su preferencia, los escritores con los cuales entrelazar su vocación, la posibilidad de montar su gran taller de las letras, la tradición a la cual pertenece, ser zuliano, ser venezolano, fue primero ser español, da igual; sea la segunda razón una muy simple de entender, porque fuera como fuese su diario acontecer, le dio la gana de quedarse, tanto monta monta tanto Caracas como Madrid, Venezuela como España. ¿En qué idioma rendimos en esta esperanzadora tarde venezolana homenaje al primer hispanoamericano que ingresó, a puertas abiertas apenas las tocó, en la Real Academia de la Lengua? En el idioma de Cervantes, en el idioma de Andrés Bello, en el idioma de los venezolanos y de los chilenos, el idioma que Rafael María Baralt usó con donosura, sabiduría y belleza.

No estuvo Baralt desterrado, sólo transterrado. Pero eso, para la vida común, aunque es el diario vivir lo que convierte al hombre en animal de costumbre, la costumbre del entorno familiar, el hogar, la casa. La casa paterna y materna, que en el caso del gran zuliano fue una sola, en unos tiempos desoladores. Se acostumbra el ser humano a la casa. Se añora la primera casa, se ama la segunda casa a la hora de la mujer y de los hijos. Se lleva, quien se va, en la memoria y en el amor, la casa. Se llevó Don Rafael María su casa y vivió con ella, con dolor, con angustia, con nostalgia, en la otra, donde trabajaba, ama de nuevo, y muere su cuerpo. La gran casa baraltiana está viva en sus escritos: tomos Primero y Segundo, *Historia*; tomo III, *Estudios Filológicos*; tomo IV, *Poetas*; tomo V, *Estudios Literarios y correspondencias*; tomos VI y VII, *Escritos Políticos*. Busqué un fantasmal tomo VIII que se titulara Miscelánea Baraltiana, no sólo porque se menciona en ciertos espacios de capciosa referencia, sino porque mi desfallecida memoria lo vislumbraba cuando la Comisión Técnica Asesora, Seccional Caracas, presidida por el doctor y afamado Héctor Cuenca, se reunía para colaborar en el diseño y yo, no sé porqué, formaba parte al lado de Edgar Sanabria, Rafael Yépez Trujillo, Pedro Pablo Barnola, José Ramón Ayala hijo, Angel Francisco Brice. Debo ser una sombra sobreviviente o tal vez miraron ellos, generosamente, mi juventud de entonces. Porque no será sino en 1963 - el Primer Tomo de las *Obras Completas* se imprimió en 1960 en la Barcelona catalana- cuando publiqué, en prensas caraqueñas, el volumen 7 de la *Colección Clásicos Venezolanos de la*

Academia Venezolana de la Lengua dedicado a Rafael María Baralt. Llegó a catorce aquel trabajo de días ni mejores ni peores.

Cuando haya sosiego en la República, cuando las universidades y los demás núcleos donde suele florecer la cultura y la inteligencia se aviva para que la ciencia, la tecnología y la técnica, de una parte, y las humanidades con la historia, la literatura y las modernas ciencias sociales por la otra, permitan reparar en todos los estudios que engrandecen al pueblo, habrá que volver a las *Obras Completas* de Baralt de modo tal que no anden solos y al desamparo sus páginas, sino enriquecidas con los modernos y aún postmodernos sistemas críticos, con el rigor con que ya aparecen en todos los países que llevan el peso y el florecimiento de las artes y las letras, quiero decir una edición crítica como se ha hecho con la última de *El Quijote*, dirigida por Francisco Rico, de 1998, no sólo cuidadosamente anotada, sino acompañada -para eso es la tecnología- por un Banco de Datos Textual en un disco que la computadora lleva de la mano al lector ilustrado o en pelo.

Andrés Bello no pudo, aunque lo intentó, ser de nuevo español. Baralt, sin perder el sabor de su tierra natal, se hace de nuevo español, como había nacido y lo fueron sus antepasados de corto y lejano plazo, genealogía arriba. Cualquiera encontraría, en los tiempos de Baralt, alguno de los descendientes de los conquistadores españoles del siglo XVI, encontraría esa "patria arriba" como la denominó Don Mario Briceño Iragorry en un ensayo anheloso de búsqueda de patrimonio. Era español don Rafael María cuando la patria de su madre, convertida en República, lo nombra su ministro Plenipotenciario ante la Corte, que ya es suya. No se desdobra, no se clona el español venezolano. Sirve a la República independiente y sirve a su vieja y nueva nacionalidad. Un *Tratado de reconocimiento, paz y amistad, comercio y extradición de malhechores* se firmó, negociado por la hábil diplomacia del escritor, el 18 de febrero de 1855 entre la República y el Reino. Solo traigo a cuento el Artículo 7º, sin mas historias que ya están publicadas y bien estudiadas: "Conviene ambas partes contratantes en que aquellos españoles que por cualquier motivo hayan residido en la República Dominicana y adoptado aquella nacionalidad, podrán recobrar la suya primitiva, si así les conviniere; en cuyo caso, sus hijos mayores de edad tendrán el mismo derecho de opción; y los menores, mientras lo sean, seguirán la nacionalidad del padre, aunque unos y otros hayan nacido en el territorio de la República". La claridad y el buen juicio son baraltianos. Los enredadores de siempre, antaño y hogaño, allá, aquí y acullá, convirtieron tan buena intención en el calvario que amargó los últimos años del noble zuliano.

Hoy vuelve España a recoger aquella doctrina histórica: "podrán recobrar" su vieja nacionalidad en toda Hispano-América, en los antiguos Reinos de la Indias, en las viejas provincias, los hijos y los nietos, ya no sólo mayores de edad sino todos los nacionalizados republicanos, los nacidos en Santo Domingo,

en Venezuela y en cualquiera de las Repúblicas herederas de las Siete Partidas, de las Leyes de Indias y del idioma, castellano, gallego, catalán, vascuence, maracucho, caraqueño, de tierra firme, del Caribe, primera, segunda y tercera generación. A los hijos y los nietos venezolanos y españoles, Baralt dio el ejemplo y escribió el principio jurídico.

Se asustó el nuevo presidente dominicano general Pedro Santana (entró a gobernar el 5 de febrero de 1853) “porque la mitad de la población se manifestaba animada del deseo de hacerse español”. En Santo Domingo deseaban entonces huir del déspota. Aquí, Dios dirá si quiere hablar.

Traigo esto a colación porque a partir de las discusiones de las diferencias sobre el tratado dominicano es cuando Baralt fue atrapado por la gran enemiga de todo aquel que levante su nombre por encima de los medianos, la envidia. Porque la pobreza formaba parte del pueblo español, nuestro prócer le echa en cara al Estado esa situación, general en todo el tiempo del siglo XIX y la primera mitad del XX. Dice el gran Don Agustín Millares Carlo en su libro sin rival, el *Estudio biográfico, crítico y bibliográfico* de 1969, “Nuestro héroe moría pobre, como se ve. Nunca parece haber disfrutado de la holgada situación económica; antes por el contrario, en sus escritos pueden espigarse algunas alusiones a los apuros monetarios por los que en ocasiones se vio en el trance de pasar”. Y los cuenta el sabio Don Agustín, quien estaba cerca a la hora de las *Obras Completas* que editó la ilustre Universidad del Zulia entre 1960 y 1972 con muchas investigaciones de mi amigo del Instituto, Gonzalo Fernández de Oviedo, en Medinacellí, 4, de la Vieja Madrid, Jorge Campos, y María Rosa Alonso que no eran amanuenses. Pero no se ahogó en la pobreza aquel campeón del trabajo, empleado público en Sevilla y en Madrid, incansable periodista de opinión, naturalmente. Los *Escritos Políticos* son vertiente esencial del escritor, imposible de arrancarlos de su *Historia*, de su *Diccionario de galismos*, de sus *Estudios Filológicos*, de sus *Poesías*, de sus *Estudios Literarios*, ni de su correspondencia. Don Ramón Díaz Sánchez y mi maestro Don Agustín Mijares se encargan de demostrar esa trascendencia en sus prólogos a los dos volúmenes. El resentido Guillermo Díaz Plaja los desecha en su edición de las *Obras Literarias* en 1967, por considerar esos sustanciales *Escritos* como “meramente circunstanciales”.

Está estudiado, muy bien estudiado, todo cuanto fue, todo cuanto escribió Don Rafael María Baralt. Fue escritor. Su palabra renueva el castellano que el barroco había puesto en lugar muy distinto al clásico. Despoja la lengua de la hojarasca y le da el alto relieve que Don Marcelino Menéndez Pelayo, aquel gigante de la erudición y de la crítica literaria, pondera con admiración y respeto. No es aquí ni oportuno citar a Don Andrés Bello en su siglo ni a José Antonio Ramos Sucre en el suyo recién pasado, cuando ambos toman la prosa de la *Historia* como modelo, como lectura imprescindible para quien quisiera anclar

la andadura de escritor. Porque también, y antes, fue el ojo avizor de Fermín Toro quien puso, no tiró, la primera piedra para la fama: "... una obra que nos atrevemos a recomendar, como modelo de estilo y de lenguaje, a la juventud venezolana". Esta vigente la recomendación.

Tengo para mí que Rafael María Baralt ya se lee como a Cervantes, a Quevedo, a Santa Teresa, a Benito Pérez Galdós, a Pío Baroja y a Miguel de Unamuno. Muy bien. En el siglo XIX Baralt, pero en el siglo XX venezolano, en cuanto al dominio del idioma, a la excelencia del estilo, a la claridad de las ideas, en el simple regusto de la página, Don Mariano Picón Salas, como ya lo advirtió Don Angel Rosemblat y yo lo repito venga o no a cuento. A quien no me resisto a citar es a Don Vicente Lecuna en su duro *Catálogo*, cuando se refiere a historiadores de uso: "Baralt los sobrepasa a todos por la belleza de su lenguaje y las ideas claras en las materias de arte militar. Tiene descripciones dignas de los clásicos de la antigüedad".

Hoy celebramos, convocados por la Universidad que honra y se honra, la Academia de la Lengua correspondiente de la Real Española y la de Historia, aquel glorioso día 27 de noviembre de 1853, cuando el venezolano se hace universal; fue el primer hispanoamericano, como se sabe, en lograrlo. Pero no se hizo español con ese objetivo, como ocurrió con el segundo en el siglo pasado. De acuerdo con la costumbre y tradición de aquella institución fundamental para nuestro idioma ayer y hoy, llegaba Baralt con su sólida preparación y un proyecto que la propia Academia había estudiado y recomendado: *Diccionario Matriz de la Lengua Castellana*. No le parece a Millares Carlo, como si a Grases, que la negativa a colaborar en el *Prospecto* del "agrío, áspero y mordaz ex bibliotecario de las cortes don Bartolomé José Gallardo" (1776-1852) indujera al académico hispanoamericano del Zulia a desistir de su eminente y grandioso, para sus días, *Diccionario*. Siguió, y las pruebas están en los archivos de la Real Academia y en testimonios antiguos y modernos, y en la tarea. Fueron la tristeza, la enfermedad y la muerte las que implacablemente, detuvieron la labor papeleta a papeleta, registro a registro de cada voz, ficha a ficha como hemos trabajado en modestas y oscuras obras los de mi tiempo.

Sobre el Discurso de Ingreso existe una extensa y sólida galería de estudiosos, desde Menéndez Pelayo a Millares Carlo, desde Fermín Toro a Héctor Cuenca, españoles y americanos, que me permiten el recato necesario para no ingresar en la prestigiosa descendencia. La singularidad estuvo y está en haberse apartado Baralt de la rutina: un pórtico con el elogio a su antecesor y un tema de su preferencia y selecta preparación. Le dedicó el tiempo a la difícil tarea, justo en un momento de graves enfrentamientos políticos, filosóficos y religiosos, al siguiente tema: *Estilo e índole del ingenio de D.*

Juan Donoso Cortés en la obra "Ensayo sobre el catolicismo, liberalismo y el socialismo". Repercutió aquel discurso académico en todo el ámbito de la lengua, hasta nuestros días. En el tomo V de las *Obras Completas* de 1965 lo he vuelto a leer con dos ánimos: recordarlo para el día de hoy, y a ver si se me pegaba en alguna parte de mi flaco entendimiento una chispa siquiera de su encendido fuego.

Oído: "Mi veneración a la Academia Española data de los primeros años de mi existencia y vive unida en mí a los recuerdos de aquella edad en que el ánimo y la inteligencia reciben a modo de tierra virgen la semilla de los afectos que difícilmente se borran, de las pasiones que tarde se apagan y de las ideas que jamás se olvidan".

Y estotro al final: "Mas de mi sé deciros, señores, que, mientras el cielo me conserve la facultad de admirar y amar con íntima y pura alegría del alma el talento y la virtud de mis semejantes, a todos, y a mi mismo el primero, propondré el ejemplo de Don Juan Donoso Cortés como digno de imitarse en la vida y en la muerte; y a todos, a mi mismo el primero, diré siempre: "Dichoso quien así viva; infinitamente más dichoso aun quien así muera".

Le había quebrantado los huesos filosóficos y morales al señor marqués de Valdegamas sin rendija alguna de maledicencia y sin entregar ni gota de su militancia ideológica.

Porque Donoso Cortés no era una figura literaria solamente, sino un enorme personaje, en primerísima fila y en palco real, en aquella tormentosa historia española. Larga, prolijamente estudiada se encuentra en el tomo XXXIV de la Historia de España que aún se publica bajo la alta y poderosa luz de Don Ramón Menéndez Pidal: *La era Isabelina y el sexenio democrático* (1.831-1.871), donde el nombre del político tumba gobiernos, orador implacable, diplomático de alcurnia sin rajadura ni torceduras, católico a rajatabla, teólogo, filósofo, ideólogo que se fue del liberalismo para enfrentar el socialismo y todo cuanto oliera a revolución, es mencionado de continuo y forma un apartado especial cuando se trata de la política exterior: "Diplomático metódico y escritor apocalíptico", dice quien historia.

Y no hay Historia de la Literatura Española ni Diccionario de lo mismo, con dignidad para sostener el título, que no dedique las páginas que le corresponden al descendiente de Hernán Cortés. (fundador del Imperio en las Indias), noble, rico, bien educado en la casa y en las cátedras de preclara inteligencia, movedor de arenas profundas y domador de altas mareas. La Iglesia Católica tiene en el antecesor de Baralt, en su Sillón letra R, a un campeón. Quiero decir que Don Rafael María Baralt sabía cuál era el laberinto y sus

peligros, en el cual entró, por guía, su raigal pertenencia al medio, su erudición bien discernida, su pensamiento claro, sus ideas en orden, su posición política firme, su filosofía de aguas profundas y la lengua que era su dominio natural.

En línea de perennidad están -lugar común desde sus primeras ediciones- la *Historia*, el *Diccionario de galismos*, el proyecto del otro que, sólo en esbozo, lo llevó a la Academia, y el *Discurso*, pero sin huecos en su permanente, denso y, en algún modo dramático por el tiempo y sus aleros, trabajo de todos los días.

El nombre, pegado a la escritura, de Don Rafael María Baralt quedará mientras haya Venezuela que no han de derribar tropicales huracanes, mientras haya España de larga caminata histórica, y hasta cuando la lengua castellana se convierta -siglos venideros- en clásica de la Antigüedad que habrá de ser postmodernidad del recién nacido siglo XXI. *Ad maiorem lingua gloriam.*

Dice Doña Mary, experta en calendarios y en otras más difíciles disciplinas, que si Don Rafael María Baralt nació en Maracaibo el 3 de agosto de 1810 y murió en Madrid el 4 de enero de 1860, a las once y media de la noche, pasó por doce años bisiestos, el primero 1814, el último 1858. Vivió cuarenta y nueve años, seis meses y un día, que son 18.051 días. Tiempo suficiente para su inmortalidad.